
No hay tiempo para el duelo

Josep Otón

Hace unas semanas el ciclón *Idai* asoló el sureste de África dejando una estela de muertes a su paso. Beira, la cuarta ciudad de Mozambique, ha quedado destruida en un 90 %. Los supervivientes afrontan la ardua tarea de reconstruir un país devastado.

Ante semejante tragedia no hay otro remedio que levantarse y seguir adelante. El dolor por la pérdida de los seres queridos queda sepultado por la abrumadora urgencia de rehacer unas vidas truncadas por la desgracia. No hay tiempo para el duelo. El mejor homenaje a las víctimas es seguir luchando contra el desánimo.

Cuando la calamidad se ensaña con el ser humano, surge de lo más profundo la necesidad de aferrarse a la vida, de no ceder ante la desventura, de no claudicar frente al desaliento.

África es golpeada una y otra vez por los desastres de la naturaleza. Las catástrofes naturales son el flagelo que arremete cruelmente contra los habitantes de este continente. Pero su dolor no sería tan lacerante si pudieran contar con la solidaridad de los que tienen la suerte de esquivar tanto infortunio. Porque la indiferencia de unos y la malicia de otros agravan su situación. Es un territorio doblegado a la ambición de unos pocos que cuentan con la complicidad silenciosa de muchos.

Demasiadas preocupaciones nos insensibilizan frente al dolor ajeno. Distraídos en nuestro quehacer diario obviamos lo que sucede lejos de nuestro punto de mira. Nos interesa la meteorología para estar al caso sobre el tiempo que hará mañana y así saber qué ropa debemos ponernos. Entonces, los efectos de un ciclón en un lugar remoto del planeta nos pueden pasar por alto. Es una noticia irrelevante. El estruendo del desastre natural no llega hasta nuestros oídos. Estamos tan ocupados que no hay tiempo para el duelo. ■

despertar

